

EL ENCUBIERTO

DE VALENCIA,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

POR

DON ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1840.

PERSONAGES.

JUAN DE BILBAO, *mercader.*

DON JUAN, *infante de Castilla, nieto de los reyes Católicos, bajo el nombre de don Enrique Manrique de Ribera.*

EL MARQUES DE CENETE, *corregidor de Oran.*

MARIA, *hija de JUAN DE BILBAO.*

BLANCA, *hija del MARQUES.*

JUAN PERIZ.... } *Treces de la Germania.*

VICENTE RUIZ. }

INES.

EL CAPITAN VARGAS.

UN CARCELERO.

UN MAGISTRADO.

AGERMANADOS.

SOLDADOS DEL EJÉRCITO REAL.

El primer acto pasa en Oran: los restantes en el reino de Valencia.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

La escena pasa en Oran: una sala bien alhajada en la casa del marqués de Cenete, con dos puertas á cada lado y un balcon en el fondo con vista al mar.

ESCENA I.

BLANCA. MARIA. INES.

(*Maria hace labor: Blanca está lánguidamente recostada en un sofá.*)

BLANCA. Suelta esa labor: no ves que así te fatigas?....

(*Se levanta y quita á Maria la labor.*)

MARIA. Deja....

BLANCA. No, que tu bien lo aconseja.

Abre ese balcon, Ines.

Respiremos el ambiente de la tarde, que es estremo el calor y ahogarme temo.

MARIA. Siempre te sirvo obediente.

BLANCA. Ya va el sol á declinar su tibia luz indecisa, y se alza fresca la brisa de entre las ondas del mar.

MARIA. En esta region, no es cierto que en su atmósfera encendida, solo con la noche hay vida, con la luz todo está muerto? No así mi patria feliz donde cristal es el cielo y pintada alfombra el suelo, de portentoso matiz.

Este doloroso afan mi soledad acompaña, llorando á mi hermosa España desde las playas de Oran.

Lloro diez y siete abriles
 allí en la dicha pasados
 y aquellos sitios, poblados
 de recuerdos infantiles.

Aquí no hay flores, ni hallar
 otros placeres presumas
 que esas montañas de espumas
 que se agitan sobre el mar.

Aquí yerta y sin pasión
 el alma duerme y se embota,
 y el tédio continuo agota
 las fuentes del corazón.

BLANCA. Que adivino tu tristura?
 Amas?

MARIA. Quién amar no sabe?

BLANCA. Y amada?

MARIA. No, en mí no cabe
 tan estremada ventura.

BLANCA. Orgullosa es tu galan,
 que eres con extremo hermosa.

MARIA. Otra halló mas venturosa
 en esta tierra de Oran.

BLANCA. Y tanto tu corazón
 con su imagen ha ocupado,
 que no hay lugar reservado
 para otra nueva pasión?

MARIA. No es posible!

BLANCA. No en verdad?

MARIA. Yo no perdiera mi calma
 si á los afectos del alma
 mandara la voluntad.

BLANCA. Libreme Dios de querer
 á hombre alguno de tal suerte.

MARIA. Sí, sí... mas vale la muerte
 que este amargo padecer.
 Tú no comprendes mi lloro
 ni cuanto mal aquí abrigo,
 sin los celos que no digo,
 sin el pesar que devoro.

BLANCA. De otro modo imaginé
 con ciego y sencillo error,
 que era sin duda el amor.

MARIA. Si hay otro amor, no lo sé.
Tú sola, Blanca, quizás
lo sabes; tú, afortunada,
que eres de todos amada,
juzgarlo tal vez podrás.

BLANCA. Es cierto: mi corazón
por un hombre, ardiente late;
mas no en furioso combate
para ofuscar mi razón.
Sensible como muger,
dulces afectos procuro,
y si le quiero, te juro
que es tan solo por querer.
Tierno y galán, mi beldad
de mil modos celebró,
y celebrándola, abrió
la puerta á mi vanidad.
En un tiempo, le escuché
sin gusto; mas hubo enojo
mi padre, y yo por antojo
pienso que entonces le amé.
Dijome sentidas quejas
de nunca vista pasión,
y á oírlas le di ocasión
por la noche y á mis rejas.
Llamóme luz de su amor,
hermosa perla oriental
y azucena virginal
de inmaculada color.
Llamóme entre cosas mil
palma mecida del aire:
nada olvidó en su donaire
de nacar, oro y marfil.
Oyéndole, sin querer,
ni bien turbada, ni en calma,
absorta velaba el alma
con indeciso placer,
y blando y fugaz ardor
turbaba mi pecho inquieto.
Si esto es dolor, yo prometo
que no me mate el dolor.

MARIA. Feliz tú!

BLANCA.

Feliz quien halla
sin tormento tanto bien,
y quien nunca amó, tambien....
mas viene mi padre; calla.

ESCENA II.

DICHAS. EL MARQUES DE CENETE. ENRIQUE.

MARQUES. Hijas, qué haceis? Todo el pueblo
corre á la orilla del mar
á ver llegar las galeras.

BLANCA. Maria! mira!.... es verdad.

MARIA. Sin duda vienen de España.

BLANCA. Nuevas de España traerán.

MARQUES. Y acaso de vuestro padre.

MARIA. Plegue á Dios!

MARQUES. Muy triste estás
desde que partió; que acaso
pásaslo en su ausencia mal?

MARIA. No, que satisfécha vivo
de vuestra mucha amistad;
mas, ay! que el amor de un padre
no se reemplaza jamas.

ENRIQUE. No espero yo que tan presto
vuelva á las playas de Oran.

MARIA. Eso temo.

BLANCA. De su ausencia
yo te sabré consolar,
y puesto que á mi cuidado
por él encargada estás,
he de hacer....

MARIA. Señora mia!
me humilla tanta bondad.
Yo espero que en breve tiempo
á quitaros tornará
tanta y tan dura molestia....
(y á mí una pena mortal.)

BLANCA. Si digo que es mal de amores?

(*Aparte á Maria.*)

MARIA. No, no, señora! callad....
no lo sepan.

ENRIQUE. (Pobre niña!
mal oculta su pesar!)
BLANCA. Ven.... á la playa salgamos.
Acaso cartas vendrán
para tí.

MARIA. Vamos.

ENRIQUE. Señora....

BLANCA. Don Enrique, adios quedad.

ESCENA III.

EL MARQUES. DON ENRIQUE.

ENRIQUE. Ya estamos solos, marques;
podeis sin reparo hablar.

MARQUES. Primero, tomad asiento.

ENRIQUE. Bien estoy.

MARQUES. No.

ENRIQUE. Perdonad.

MARQUES. Breve seré, don Enrique,
pero claro por demas,
que asuntos de honor, requieren
que se hablen con claridad.

ENRIQUE. Asuntos de honor!

MARQUES. Acaso
os parezca singular
esto que os digo; mas luego
vereis que hay razon de mas.
Tengo una hija....

ENRIQUE. Dechado
de pureza y de beldad.

MARQUES. El pareceros tan bien
me ha parecido á mí mal.
De esto solo quise hablaros.

ENRIQUE. De qué modo?

MARQUES. Voy allá.

Que es bella decís? lo creo.

Que es virtuosa ademas?

Tambien es cierto, y con esto
colmado mi orgullo está.

Pero olvidais que es mi hija
y quien yo soy olvidais.

ENRIQUE. Yo! qué decís! he podido nunca....

MARQUES. Dejádme acabar.
Mi sangre, de luengos siglos,
es noble y limpia, sin mas
impureza, ni otra mancha
que la mancha original.
Jamás se mezcló con sangre
de otra menor calidad,
ni hubo nunca en mi ascendencia
judío ni musulman,

ENRIQUE. Os comprendo.

MARQUES. Enhorabuena.
Amais á Blanca?....

ENRIQUE. Es verdad.

MARQUES. La mereceis?

ENRIQUE. Eso dudo,
si no es merecer, amar.

MARQUES. No me entendisteis.

ENRIQUE. Mal puedo
si mejor no os esplicais.

MARQUES. Sois noble?

ENRIQUE. Ni aun lo presumo.

MARQUES. Eso respondeis?

ENRIQUE. Qué mas?

MARQUES. En tal caso, ya es preciso
para haber de contrastar
ese amor, que yo interponga
de padre la autoridad.

ENRIQUE. Acaso no es imposible
que fuese mi origen tal
como el vuestro, seor marques,
y aun de mas alto solar.
Siempre rodeó mi cuna
misteriosa oscuridad
que oculta, segun me dicen,
algun secreto fatal.
Bien pudiera de ese modo
algun escudo encontrar
con tan escelsos cuarteles
que insultan vuestra humildad.
Acaso, bien puedo hacerlo;

mas no me agita ese afán,
que me basta el ser que tengo
sin que pretenda ser mas.

MARQUES. En buen hora; mas yo os ruego
que de ese amor desistais,
si por esta razon no,
al menos, por mi amistad.

Que os juro que si otro alguno
que no vos, hiciera tal,
de cierto, no suplicara
con lo que puedo mandar.

ENRIQUE. Pretendeis un imposible.

MARQUES. Facil hacerlo podrá
la razon, y hacedlo os ruego,
pues os brindo con la paz.

ENRIQUE. Yo he de amarla siempre.

MARQUES. Y yo
lo procuraré estorbar,
ya que os mostrais mi enemigo.

ENRIQUE. Vuestro enemigo? jamas!

MARQUES. Qué delito es que yo ame
lo que vos tambien amais,
ya que en tan buena armonia
nuestros afectos estan?

MARQUES. Si fuerais noble, os la diera
mejor que á un rey: contemplad,
si vuestras prendas me agradan,
que sois bizarro y galan.

ENRIQUE. No desisto.

MARQUES. Ya sereis
mas cuerdo.

ENRIQUE. Mirad....

MARQUES. Mirad
que yo puedo....

ENRIQUE. Alguien se acerca.

MARQUES. Quereis guerra y guerra habrá.

ESCENA IV.

DICHOS. JUAN DE BILBAO. MARIA.

MARQUES. Quién es?

- ENRIQUE. Mi padre!
- JUAN. Sí, Enrique....
- JUAN. Dame los brazos.
- ENRIQUE. Y el alma.
- JUAN. Señor marques....
- MARQUES. Muy bien venido.
- JUAN. Tan presto no os aguardaba.
- JUAN. En efecto, yo tampoco esperé ventura tanta; pero mi buena fortuna superó mis esperanzas.
- MARQUES. Contento venís.
- JUAN. De suerte, que nada á mi dicha falta, marques.
- MARQUES. Cuál es vuestra dicha mucho de saber me holgara.
- JUAN. Por partir, sin duda alguna, mi contento?...
- MARQUES. Qué otra causa pudiera?....
- JUAN. En efecto, pero....
- MARQUES. Si es secreta, reservadla.
- JUAN. Es así, y aun es posible que esta ventura estremada, como es para mí halagüeña fuera para vos amarga.
- MARQUES. Entenderos no es posible. Traéis noticias de España?
- JUAN. Muchas hay.
- MARQUES. De los rebeldes no disminuye la audacia?
- JUAN. Quiénes los rebeldes son, decidme?
- MARQUES. Pregunta estraña!
- JUAN. Hay opiniones: entre ellos todos rebeldes se llaman.
- MARQUES. Y vos?
- JUAN. Yo soy mercader, y el estruendo de las armas me asusta.
- MARQUES. Y los comuneros,

qué es de ellos? en dónde se hallan?

JUAN. En todas partes.

MARQUES. Progresas
la rebelion?

JUAN. Ahí es nada!
pues si esos son los rebeldes,
ya es rebelde toda España.

MARQUES. Qué decís!

MARIA. Padre!

JUAN. Los pueblos
unos tras otros levantan
la voz, y Murcia y Valencia
(*Mirando á Enrique.*)
quedan tambien sublevadas.

ENRIQUE. (Murcia y Valencia!)

MARQUES. Y vos mismo
venís de allí.

JUAN. Dos semanas
hace ya que abandoné
con mi galera sus aguas.

MARQUES. Y os encontrasteis....

JUAN. Sin duda.

MARQUES. Buen dia!
Sí, alguna banda
de miserables.

JUAN. El pueblo....
lo que vos decís; canalla.

MARQUES. Y vos en tanto....

JUAN. Tambien,
como todos.... cosa es clara.
Si ellos corrían, corría;
si ellos gritaban, gritaba;
mas sin intencion.

MARQUES. Y muchos,
tambien como vos, sin causa,
sin intencion, alimentan
de la sedicion la llama.

JUAN. Oh! sí.... muchos como yo,
de cierto.

MARQUES. Y yo no dudara
en castigarlos.

JUAN. Así?

MARQUES. Pues no hallais razon sobrada?

JUAN. Ni hallo razon , ni quien pueda hacer eso.

ENRIQUE. Basta, basta , señor.

MARQUES. Adios , don Enrique. Vuestro padre hace muy brava mercancia: Dios le guarde de que en otras manos caiga.

JUAN. Mercader soy ; mas sabed que tengo tambien espada , y esa , está siempre , marques , á vuestro servicio.

MARQUES. Gracias. Alguna vez probaremos á dónde la punta alcanza.

(Orgullo trae, por mi vida.) (*Vase.*)
JUAN. (Poco este marques me agrada.) Déjanos solos. (*A Maria.*)

MARIA. Tan presto!...

JUAN. Disponde para la marcha.

ESCENA V.

JUAN. DON ENRIQUE.

ENRIQUE. Hablad , hablad.... qué nuevas?....

JUAN. Mas felices de lo que yo esperé.

ENRIQUE. Cómo!

JUAN. En Valencia alzado está el pendon , y es ya precisa en medio de las huestes tu presencia.

ENRIQUE. No eran vanas , señor , tus esperanzas!

JUAN. No , su gefe serás.

ENRIQUE. Mas de qué modo , con qué título , dí?

JUAN. Nada te importa si el logro asi de tu ambicion alcanzas.

ENRIQUE. Oh! perdonad....

JUAN. Silencio , don Enrique.

ENRIQUE. A comprender no alcanzo mi fortuna.

Si ellos supiesen por desgracia....

JUAN. Todo.

ENRIQUE. La oscuridad dudosa de mi cuna....

JUAN. Nada ignoran, Enrique.

ENRIQUE. De ese modo
ejerceis en sus almas grande imperio.

JUAN. Sí.

ENRIQUE. Nada mas! hablad y una vez sola
deponed ese lúgubre misterio....

JUAN. Aun no es posible.—Partireis mañana?

ENRIQUE. Hoy mismo si quereis.

JUAN. Gracias al cielo!

ENRIQUE. Qué decís?

JUAN. No era cierto que en mi ausencia
erais presa infeliz de una hermosura?

ENRIQUE. No lo quiso jamas mi desventura.

JUAN. No amais á Blanca?

ENRIQUE. No, que amar no sabe
quien se alimenta de esperanzas locas:
donde cabe ambicion, amor no cabe.

JUAN. En buen hora.... al instante partiremos.
Ese pliego recibe, en que te envia
por medio de sus Treces
toda su autoridad la Germania.

ENRIQUE. Su autoridad!

JUAN. Mas piensa que esta lucha
á prueba va á poner de mil peligros
tu constancia y valor. Siglos eternos
acaso va á durar, y el que sucumba,
feliz si encuentra quien piadoso le abra
en las montañas ignorada tumba.
Ni tregua ni descanso: una vez puesto
en los campos el pie, ya no hay mas senda
sino seguir el áspero camino
lanzado en el sangriento torbellino.
Caer ó derribar; ser el primero
en esta horrible y desigual pelea.
Sea deshonrado el que en la lid cejare,
y el que fuere traidor, maldito sea.
Dado el ejemplo está: la España toda
vuelve de ese letargo que la humilla
y arroja el grito poderoso y fuerte

despertando á los pueblos de Castilla.
 Mas no duermen en tanto las legiones
 de la hueste real: con sangre y fuego
 á Medina del Campo han debelado,
 y allí de su barbárie y de su encono,
 si no de su valor, ejemplo han dado.
 España lo miró y alzó la frente
 al horrible clamor de la matanza,
 y con tremenda voz seca y rugiente
 sus soldados convoca á la venganza.
 Desesperada así como leona
 que de sus hijos el estrago advierte,
 se alza terrible y su furor pregona
 con alaridos de venganza y muerte.

ENRIQUE. Sí, quedará vengada.

JUAN.

Así te quiero,
 alentado y valiente: la partida
 voy luego á disponer.

ENRIQUE.

Haz como quieras....
 tuya es mi voluntad, tuya es mi vida.

ESCENA VI.

DON ENRIQUE. *Luego* EL MARQUES.

ENRIQUE. Ambiciosos deseos, ya ha llegado
 el momento feliz!... por qué te agitas,
 inquieto corazón, que aun no comprendo
 si de esperanza ó de temor palpitas?

MARQUES.

Vos aquí?—Podeis volver
 (*Hablando hácia dentro.*)

al punto, y sin dilacion
 os daré contestacion.

(No acierto qué pueda ser.)

ENRIQUE.

Estais ocupado?

MARQUES.

Sí.

ENRIQUE.

Os pido vuestra licencia.

MARQUES.

Cuándo fue vuestra presencia
 sino grata para mí?

Es un pliego....

ENRIQUE.

Vedlo os ruego.
 Casualidad es por Dios!

MARQUES. Qué es ello?

ENRIQUE. Que como vos
he recibido otro pliego.

MARQUES. Veamos.

ENRIQUE. Veamos, pues:
puede que el papel lo explique.

(Leen para sí un momento.)

MARQUES. Grave asunto es, don Enrique.

ENRIQUE. Asunto es grave, marques.

MARQUES. En grande peligro estamos.

ENRIQUE. Sin duda.

MARQUES. Mas no me aterra.

Habrá guerra.

ENRIQUE. Mas qué guerra!

MARQUES. Veamos que os dicen.

ENRIQUE. Veamos.

MARQUES. *(Lee.)* La nacion está agitada
de mil sangrientos horrores.

ENRIQUE. *(Lee.)* Presa España de traidores
y por ellos desgarrada...

MARQUES. *(Lee.)* Ya es fuerza que se reprima
tanto escándalo y furor.

ENRIQUE. Apela triste al valor
que nuestros pechos anima.

(Se miran un momento estupefactos.)

MARQUES. Para calmar el espanto
que infunde la rebelion....

ENRIQUE. Ya hemos alzado el pendon
de la guerra, y por lo tanto....

MARQUES. Importa vuestra presencia
porque las huestes mandeis
de Valencia.

ENRIQUE. Vos sereis
nuestro caudillo en Valencia.

MARQUES. Eso dice?

ENRIQUE. Año de mil
quinientos veinte; ya veis.

MARQUES. Mas la fecha....

ENRIQUE. Abril y seis.

MARQUES. Cabales: á seis de abril.

ENRIQUE. Es raro! mirad al punto

(Con ironia.)

- quien firma.
- MARQUES. De propia mano
firma el cardenal Adriano.
- ENRIQUE. Ese es ya distinto asunto.
- MARQUES. No es el mismo?
- ENRIQUE. No á fe mia.
- MARQUES. Pues quién?
- ENRIQUE. Mirad.
(*Mostrándole el pliego.*)
Infeliz!
- MARQUES. Juan Périz y Vicente Ruiz,
Trecos de la Germania.
- MARQUES. Vos gefe de la faccion
y en trato con tales hombres!
- ENRIQUE. No os parecen bellos nombres
porque de hidalgos no son?
- MARQUES. Decidme, y contestareis?
- ENRIQUE. Contestareis vos?
- MARQUES. Pues no?
y vos tambien?
- ENRIQUE. Tambien yo.
- MARQUES. Ireis allá?
- ENRIQUE. Y vos ireis?
- MARQUES. Que si iré me decís? quién
lo duda, si español soy?
- ENRIQUE. Pues yo, marques, tambien voy,
porque español soy tambien.
- MARQUES. Por voz de sus consejeros
asi me lo manda el rey.
- ENRIQUE. Yo sirvo en esto á la ley
por voz de los comuneros.
- MARQUES. Guárdeme de tal error
el cielo.
- ENRIQUE. Error, pesia tal?
- MARQUES. Yo á mi patria soy leal.
- ENRIQUE. La soy yo acaso traïdor?
- MARQUES. Qué será quien entre hermanos
atiza sangrienta lid?
- ENRIQUE. Que no lo son, advertid,
los siervos y los tiranos.
- MARQUES. Las razones, no lo son
disculpando una perfidia.

ENRIQUE. El que por su patria lidia,
nunca lidia sin razon.

MARQUES. Mirad que tengo de ahorcaros
aunque pese á mi amistad,
si os hé á las manos.

ENRIQUE. Mirad
que hareis muy bien en guardaros;
que aunque le pese al amor
que há ya tiempo que os profeso,
he de hacer....

MARQUES. Qué?

ENRIQUE. Tambien eso;

colgaros como á traidor.

MARQUES. Yo traidor! hay tal baldon?

ENRIQUE. Si yo venzo, asi será,
y si vos venceis, no habrá
quien os quite la razon.
Esto sin que perjudique
á nuestra amistad, marques!

MARQUES. Eso, jamas!

ENRIQUE. Esta es.

mi mano.

MARQUES. Adios, don Enrique.

ESCENA VII.

(En el momento en que Enrique entra por la segunda puerta de la derecha, se acerca el marques á una mesa, toca una campanilla y escribe. El capitán Vargas, sale por la segunda puerta de la izquierda.)

EL MARQUES. EL CAPITAN.

MARQUES. Mucho pica de arrogante!
Vargas! en prision poned
á esos hombres, y entended
que esto ha de ser al instante.

CAPITAN. Juan de Bilbao!....
(En este instante va á salir Maria por la primera puerta de la derecha, y al oír el nombre de su padre, se detiene, y escucha.)

MARQUES. Qué esperais?

CAPITAN. Y don Enrique!

MARIA.

Gran Dios!

MARQUES. Muertos ó vivos, los dos
al momento asegurais.

(*El marques se va por la primera puerta de la izquierda
y el capitán se dirige á la de la habitación donde entró
Enrique. María sale.*)

ESCENA VIII.

MARIA. EL CAPITAN. Luego JUAN DE BILBAO y ENRIQUE.

CAPITAN. Así lo haré.

MARIA.

Capitán!

CAPITAN. Señora?

MARIA.

Hablaros quisiera
mi padre.

CAPITAN.

Si?

MARIA.

Y os espera....

CAPITAN. Y Enrique?

MARIA.

Los dos estan.

CAPITAN. Dónde?

MARIA.

En mi aposento.

CAPITAN.

Bien. (1)

MARIA.

Enrique! padre! infelices!
os van á prender!

JUAN.

Qué dices?

ya es tarde para eso.... ven.

(*La toma de la mano y se dirigen á la segunda puerta de
la izquierda. Se oyen golpes en la de la habitación de
María.*)

(1) Entra el capitán en la habitación de María: esta cierra inmediatamente la puerta echando una llave. Juan de Bilbao y Enrique salen.

ACTO SEGUNDO.

Sala en la casa-ayuntamiento de Valencia. En el fondo, ventanas que dan á una plaza.

ESCENA I.

JUAN DE BILBAO. MARIA.

JUAN. Qué tienes, por qué suspiras?

MARIA. Dejádme, señor.

JUAN. No á fé,

que por mi vida no sé

si padeces ó deliras.

De un hondo dolor estremo

es presa tu corazon,

ó de ciega inclinacion

que aun imaginada temo.

Habla.

MARIA. Jamás! imposible!

adivinadlo en buen hora;

pero el mal que me devora

es, oh padre! inestinguible.

Son dolores que aquí estan

alimentados de engaños, y

por un tiempo

de lento y perpétuo afán

Perdon!

JUAN. Cumplido así advierto

lo que yo me presumí.

Amor! pobre niña!

MARIA. Sí...

ese es mi dolor, de cierto.

JUAN. Pero á quién!

MARIA. Oh! yo le amé

como á un hermano, señor,

y él me pagaba este amor

mientras puro y santo fue.

- JUAN. Tambien te amaba!
- MARIA. Mas luego
que con doliente martirio
se hizo el afecto, delirio,
y el blando ardor, se hizo fuego,
entonces ¡ay! se olvidó
de Maria, y desleal,
de nuestro amor fraternal
el frágil lazo rompió.
- JUAN. Triste de tí! borra, olvida,
hija amada, de ese hombre
hasta el recuerdo y el nombre.
- MARIA. Cómo, sin perder la vida?
Tanto querer no se mide
ni apaga de tal manera:
mandad, si quereis, que muera;
mas no me mandeis que olvide.
Si reprobais mi pasion,
si quereis darme la muerte,
árbitro sois de mi suerte;
mas no de mi corazon.
- JUAN. Oprimirte yo? qué estás
diciendo?
- MARIA. Padre!
- JUAN. Maria!
tú que eres la vida mia
morir opresa!... jamás.
Mas siento que tu hermosura
se marchite y pierda así
por un ciego frenesí
que ha de hacer tu desventura.
No puedo decirte yo
la razon que á esto me obliga,
que hay peligro en que lo diga.
- MARIA. No quiero saberlo, no.
Bástame saber de hoy mas
en mi desdicha insufrible
que este amor es imposible.
- JUAN. Así solo acertarás.
Mas.... serénate....
- MARIA. Por vos
ahogaré en mi pecho el llanto.

JUAN. Bien.... hija.... y procura en tanto
olvidarle.... adios!

MARIA. Adios!

ESCENA II.

MARIA. *Después* ENRIQUE.

Imposible! eso creia....

acaso por su fortuna
hijo de mas alta cuna
afrenta la humildad mia.

Yo lo debí conocer
y debí olvidarle yo;
pero el amor me cegó,
que soy amante y muger.

ENRIQUE. Hermana! ya en nuestras frentes
brilla de la patria el sol,
dicha por que tanto tiempo
tu corazon suspiró.

Así tornará á tu rostro
de las rosas el color
que en las playas africanas
el sol ardiente apagó.

Cuántas veces anhelabas
en su desierta region
ver de tu suelo querido
una memoria, una flor!
No respondes?

MARIA. No te niego

que late en mi corazon
el amor de nuestras flores
y de mi patria el amor.

Ni en otra parte hay placeres
para el que aquí ya nació;
ni hay para mí hermoso cielo
como mi cielo español.

Mas....

Qué te detienes?

Nada!...

ENRIQUE.
MARIA.

eres feliz?

Sí lo soy!

ENRIQUE.

- MARIA. No te atormentan recuerdos?
- ENRIQUE. De qué?
- MARIA. No lo sabes? oh!
- ENRIQUE. Celos?
- MARIA. Quién habla de celos?
(Bien lo aciertas.... celos son!)
- ENRIQUE. Nunca viví de recuerdos:
de esperanzas es mejor.
- MARIA. Ya lo sé: jefe del pueblo
en esta lucha feroz,
cumplido está tu deseo,
satisfecha tu ambición.
- ENRIQUE. Sí, Maria.
- MARIA. Acaso en breve
coronando tu valor
la fortuna, triunfarás
de tu oscura condición.
Serás noble, serás grande,
mientras olvidada yo
en la nada de mi origen,
viviré con mi dolor.
- ENRIQUE. Tú padeces?
- MARIA. No lo sabes!
- ENRIQUE. Cuéntame tus penas.
- MARIA. No.
- ENRIQUE. Por qué?
- MARIA. No puedes saberlo.
- ENRIQUE. Tú!... no.
- MARIA. Quién con mas razon?
No soy tu hermano?
- MARIA. No sé,
ni yo misma sé quien soy.
(*Enrique la toma una mano.*)
Qué haceis?
- ENRIQUE. Tú me amas, Maria?
- MARIA. Y el parentesco, señor?
- ENRIQUE. Si es de hermano este cariño!
- MARIA. (Quién ese poder te dió,
hombre, que aun así burlando
me robas el corazón?)
Dejadme!
- ENRIQUE. Dime, si acaso

no te contenta mi amor?

MARIA. Acaso lo has acertado.

ENRIQUE. Confíesalo.

MARIA. Por qué no?

MARIA. Mas amante te quisiera.

ENRIQUE. Cómo, si tu hermano soy?

MARIA. Eso; apurad el hermano!...

ENRIQUE. dejadme, hermano, con Dios.

ENRIQUE. (Por qué esa ciega ternura
mi alma tambien no sintió?)

MARIA. (Por qué atormentas mi pecho,
mal pagada inclinacion?) (*Vase.*)

ESCENA III.

ENRIQUE.

No es posible, no: en mi pecho

ya no cabe otra pasion....

orgullosa y satisfecho

aun basta apenas, estrecho,

para abrigar mi ambicion.

Y asi, desdichada, llora

tu mal pagado querer

que concebiste en mal hora,

mientras mi pecho devora

la esperanza de otro ser.

Que yo otra dicha ambiciono

que alimenta mi osadia,

al ver en tal abandono

desierto el altivo tronó

de una vasta monarquia.

Dichoso el que audaz concibe

tanto anhelo, y cuanto quiere

osado en su mente escribe,

y consiguiéndolo, vive,

ó procurándolo, muere.

Esclavo de un pensamiento

que me atosiga importuno

con sublime atrevimiento,

no hay medio para mí alguno

entre muerte ó vencimiento.

Si humilde es mi condicion,
 pobre y oscuro mi nombre,
 no importa, ciega ambicion;
 la suerte esclava es del hombre,
 y el hombre, del corazon.
 Ea, valor, á alcanzar
 esta dicha que ambiciono....
 á morir ó á derribar,
 que no me importa jugar
 esta vida por un trono.

ESCENA IV.

ENRIQUE. JUAN DE BILBAO.

JUAN.

Un parlamento enemigo
 de llegar acaba al muro
 para hablarte sin testigo,
 y pide guarda y seguro.
 Respóndeme qué le digo.

ENRIQUE.

Pienso que por le escuchar
 nada nuestra causa pierde,
 antes bien pienso mostrar
 que no hay pacto en que concuerde
 sino en morir ó matar.

JUAN.

Sea así; por mas que intente
 con doradas intenciones
 ganar tu pecho valiente,
 hazle ver que no consiente
 promesas ni condiciones.

Que si pactos de un tirano
 nos ofrece, vano es ya,
 y sus leyes son en vano:
 con las armas en la mano
 Valencia se las dará.

Entre muerte ó deshonor,
 la muerte elegir no dude
 un momento tu valor....
 por lo demas, Dios ayude
 de las causas la mejor.

ESCENA V.

ENRIQUE. *Después, EL MARQUES DE CENETE conducido por JUAN DE BILBAO, quien se retira al momento que le introduce.*

ENRIQUE. No temas que me deslumbren promesas, si ya no es que mi anhelo satisfacen trocando en otro mi ser.

MARQUES. Hemos llegado?

JUAN. Acercaos....
ya descubriros podeis. (*Vase.*)

MARQUES. Sois vos, Enrique?

ENRIQUE. Qué veo!

MARQUES. De qué os admirais?

ENRIQUE. Marques!

MARQUES. Quereis un punto escucharme, don Enrique?

ENRIQUE. Sí querré.

MARQUES. Dócil os busco.

ENRIQUE. Veamos.

MARQUES. A haceros, vengo, merced.

ENRIQUE. Eso, es preciso.

MARQUES. Decidme....

cuál vuestra esperanza fue al aceptar este cargo.... si de honor ó de interes.

ENRIQUE. Pensais que á tan dura lucha

sin ambicion me lancé por solo efímeras glorias? No es tanta mi insensatez.

Oh! no.... ya que al fin es fuerza

que me debais conocer, dejemos vanas palabras que nada dicen, marques.

Nací de origen oscuro; por lo demas nada sé sino que aliento en mi pecho de un monarca la altivez.

El pueblo alzó una bandera,

otra se alzó por el rey,
y yo, que nada tenia,
me decidí por aquel.

MARQUES. No hallais entre un rey y un pueblo,
gran diferencia?

ENRIQUE. Asi es:

uno lidia por ganar
y el otro por no perder.

MARQUES. Un rey es Dios en la tierra,
que la imagen de Dios es.

ENRIQUE. Eso es lo que los rebeldes
no queremos comprender.

MARQUES. Es decir, que en vuestro pecho
no cabe razon ni ley,
ni mas que ese vano orgullo
que no acierto á comprender?

ENRIQUE. Nada mas.

MARQUES. Ni sabeis nada

de á cuánto un vasallo fiel
por su rey está obligado?

ENRIQUE. En efecto, nada sé.

MARQUES. Pues yo, don Enrique, puedo
hacéroslo conocer.

ENRIQUE. Cómo?

MARQUES. Castigando alevos.

ENRIQUE. Si eso os agrada, sea pues. *(Con calma.)*

MARQUES. *(Reprimiéndose.)* Si la ambicion os instiga
con abrasadora sed
de riquezas y de honores,
todo eso y mas os daré.

ENRIQUE. Vos?

MARQUES. Sin duda.

ENRIQUE. Y para eso,
decidme, qué debo hacer?

MARQUES. He de hablaros sin rebozo?

ENRIQUE. Se entiende.

MARQUES. Y vacilareis?

ENRIQUE. Hablad.

MARQUES. De vuestros errores
al rey sacrificio haced.

ENRIQUE. Cómo?

MARQUES. Pidiendo sumiso

perdon de vuestra altivez.

ENRIQUE. Tal decís? yo que soberbio
grande como él me juzgué,
mendigara su clemencia
arrastrándome á sus pies?

MARQUES. No se humilla quien conoce
su incontrastable poder,
que si es noble la osadia,
la locura no lo es.

ENRIQUE. Y qué mas?

MARQUES. No sois el gefe
de esta faccion?

ENRIQUE. Cierito... y bien?

MARQUES. Entregádmela.

ENRIQUE. Un perjurio!
capaz yo de tal doblez!

MARQUES. Dejad escrúpulos necios.

ENRIQUE. Y la prometida fé?

MARQUES. Lo hareis , si ó no?

ENRIQUE. Perdonadme,
pero...

MARQUES. Sí ó no: responded.

ENRIQUE. Una traicion!

MARQUES. Que lealtad
puede llamarse tambien.

ENRIQUE. Que el rey me hará grande y noble?

MARQUES. El segundo despues de él.

ENRIQUE. (Por qué he ser el segundo
si puedo el primero ser?)

MARQUES. Mirad bien lo que os importa
y respondedme.

ENRIQUE. Eso haré.

MARQUES. Dadme vuestra mano, Enrique.

ENRIQUE. Señor....

MARQUES. Adios, y entended
que mucho os amo.

ENRIQUE. Eso creo.

MARQUES. Silencio! es el mercader.

ESCENA VI.

JUAN DE BILBAO, *aparece en el fondo*: ENRIQUE y el MARQUES
fingen no haberle visto.

ENRIQUE. Marques! á quien os envia,
 decidle, que en vano es
 querer que necios rompamos
 la ya proclamada ley.

La muerte es nuestro refugio,
 nuestra divisa, vencer....

MARQUES. Mas, si contra esa esperanza
 fueseis vencidos, qué hareis?

JUAN. Morir, que no nos obliga
 á hacer mas, nuestro deber.

MARQUES. El cielo castigará
 vuestra loca insensatez.

JUAN. Su voluntad es suprema
 y á él apelamos tambien.

MARQUES. Ea á probar esos brios;
 aprestad lanza y broquel,

que yo os espero en el campo

JUAN. Yo en el campo os buscaré.

ESCENA VII.

JUAN DE BILBAO. ENRIQUE.

JUAN. Bien respondiste.

ENRIQUE. Esperad....
 qué es eso?

JUAN. El pueblo, que espera
 á verte, con ansiedad.

ENRIQUE. Perspectiva lisonjera,
 padre mio! no es verdad?

ESCENA VIII.

DICHOS. JUAN PERIZ. VICENTE RUIZ, y demas Trece de la
 Germania, y las hermandades de los gremios de arte-
 sanos, con sus pendones respectivos.

Estos pendones, son de damasco carmesi, á escepcion de los que llevan los sogueros, que son verdes. Las costuras de las telas estan cubiertas de galones de oro y plata; cordones y cintas de todos colores cuelgan desde el extremo superior del asta, donde está colocada la imagen que cada hermandad particularmente venera. Llevan escudos colocados en el centro de la tela, en el que estan bordadas las herramientas del oficio á que corresponden, como v. gr. en el de los carpinteros, el cepillo, la sierra, el escoplo, martillo &c.: en el de los zapateros las hormas, leznas, zapatos &c., y asi de los demas. Las efigies que en el asta llevan, son: en el oficio de horneros, el Salvador del mundo y el hijo de Dios, el primero por los maestros y el segundo por los oficiales. Los maestros de carpintero á San José, y los oficiales al hijo de Dios, puesto de pies sobre un globo que representa al mundo. Los sastres, á San Vicente mártir. Los zapateros, á San Crispin y San Crispiniano. Los curtidores, un leon que lleva en sus manos una cruz. Los sogueros, á San Juan Bautista. Los pelaires, á la Trinidad &c. Cuando han entrado en el teatro, todos, á una señal de Juan de Bilbao, se arrodillan y los estandartes se inclinan, quedando en medio el de los horneros que lleva á su extremo al Salvador del mundo.

JUAN.

Oh! divino Salvador
que de tu hechura apiadado
bajaste por nuestro amor
á redimirnos, señor,
de las garras del pecado.
Vuelve á la tierra tus ojos,
donde errante peregrino
cruzaste con mil enojos
entre punzantes abrojos
que cubrieron tu camino.
Vuelve los ojos y mira
á ese mundo que delira
por quien la muerte sufriste,
sumergido en noche triste

de escándalo y de mentira.
 Que los fuertes se ayuntaron
 y cual á tí sin piedad
 los débiles maniataron,
 y con hierros hamillaron
 del hombre la dignidad.
 Esos, los que fuertes son,
 son de la tierra los reyes.
 Esos, con ciega ambicion
 dieron, al dictar sus leyes,
 su voluntad por razon.
 Por eso con tal braveza
 la lucha terrible empieza....
 por esa santa igualdad
 que honraste con tu pobreza,
 que predicó tu humildad.

TODOS.

Si, sí....

(*Se levantan.*)

JUAN.

Ved aquí presente
 el que á esta lucha fatal
 vuestro noble esfuerzo aliente,
 tan firme como valiente,
 como valiente, leal.
 Yo que de vos merecí
 tanto amor y confianza,
 yo vuestro poder le dí,
 porque en él mejor que en mí
 se ponga vuestra esperanza.
 No por eso he renunciado
 por inconstancia ó temor
 de la batalla el cuidado:
 antes bien, seré soldado
 por así lidiar mejor.
 El fuerte azote será
 que á las huestes enemigas
 la soberbia humillará,
 y el peligro y las fatigas
 con vosotros partirá.
 Mas si quiere el hado impio
 quebrantar nuestro valor,
 no doblará su albedrio
 al tirano poderio

del contrario vencedor.

Doblar la frente, jamás!...

Hijo es mio, y yo bien sé

su valor.

VICENTE. No digas mas :

para merecer mi fé

basta que tú nos le das.

A todas partes iremos

obedientes en pos de él ,

y muramos ó triunfemos,

á su lado partiremos

la muerte como el laurel.

Y asi, de obediencia quiero

al punto el ejemplo dar ,

porque siempre ser prefiero

en la obediencia el primero

y el primero en pelear.

ENRIQUE. Noble Ruiz, muy bien sé

cuanto celebra Valencia

la constancia de tu fe ,

y así, en tí aceptaré

el primero la obediencia.

VICENTE. Eso juro: hacienda y vida

te conságro: esto te ofrezco

con voluntad sin medida ,

y mi ventura es cumplida

si darlas por tí merezco.

JUAN. Y todos tambien juramos

vida y hacienda perder

por la causa que abrazamos.

TODOS. Todos, sí.

(*Un clarín suena lejos.*)

ENRIQUE. Callad, veamos,

qué puede este anuncio ser.

ESCENA IX.

LOS MISMOS Y UN AGERMANADO.

AGERMAN. El enemigo!

TODOS. ¡Sus!

ENRIQUE. Por vida mia

que al vernos temblarán.... Hijos del Cid!
llegó por fin el tenebroso día
de que comience la sangrienta lid.

Es fuerza ya: la dignidad ajada
de esta grande y magnífica nacion
fuerza es vengar: dejémosla vengada
con sangre del oculto corazon.

Ignota gente de nacion estraña,
sin ley ni Dios, sin religion ni fe,
hicieron presa de la hermosa España
sobre sus fueros asentando el pie.

Así olvidaron su pasada gloria,
sus guerras contra el fiero musulman,
en que premió mil veces la victoria
sus siete siglos de continuo afan!

Siete siglos luchando desgarrada
su santa independendia disputó:
la sangre de sus venas derramada
al fin su independendia aseguró.

Y esos que su virtud purificaron
de dura lid en el fatal crisol,
¿para tanta vergüenza nos legaron
el vasto mundo donde muere el sol?

No, no.... Juremos de la triste España,
la independendia, osados defender,
y por ella arrostrar la altiva saña
de los que insultan hoy nuestro poder.

Y el que perjuro por su mal entienda
el alto juramento quebrantar,
el que tan noble causa, infame venda,
víctima muera en su sagrado altar.

Muera el cobarde que insensato crea
comprar su bien á costa de su honor,
y traidor á su patria tambien sea
quien el castigo evite del traidor.

Lo juramos.

TODOS.

ENRIQUE.

Así; muerte y afrenta
(*Suena el clarin.*)
á quien lo olvide. ; Sus ! hijos del Cid!
ya nos demandan á la lid sangrienta...
las matadoras armas prevenid.

TODOS.

Santiago y libertad!

ENRIQUE.

Con tales brios,
quién la victoria duda? el grito alzad,
y otra vez repetid, valientes mios,
con ese ardor....

TODOS Y ENRIQUE.

Santiago y libertad!

(Vanse todos en tumulto, esgrimiendo las armas.)



ACTO TERCERO.

Sala de una carcel en Játiva.

ESCENA I.

EL MARQUES. ENRIQUE.

- MARQUES. Es fuerza que os consoleis.
- ENRIQUE. No es posible, ni es bastante todo el valor de mi pecho á soportar tal ultraje.
- MARQUES. Mal lo entendeis : que la suerte no humilla y ella reparte mas que el valor de los hombres , la victoria en los combates. Si me ayudó la fortuna , de la fortuna es desaire , que en los proyectos del hombre , el hombre pone y Dios hace ! Por lo demas , vuestra suerte no es tal , que deba quejarse , pues huesped más que enemigo no es tan horrible cárcel.
- ENRIQUE. Bien lo conozco , y por tanto os lo agradezco. No obstante , mañana....
- MARQUES. De eso no puedo daros razon , ni eso es facil. A la junta de Castilla solo compete el examen de vuestra causa , y espero sus órdenes al instante.
- ENRIQUE. La pena....
- MARQUES. Será de muerte sin duda.
- ENRIQUE. Y en ese trance....
- MARQUES. Hay un medio.

ENRIQUE.

Cuál?

MARQUES.

Pensar

que la vida es corta y fragil.

ENRIQUE.

El consuelo es como vuestro.

En fin, no podreis salvarme?

MARQUES.

Eso decís? imposible!

ENRIQUE.

Que he de morir?

MARQUES.

Dios mediante.

Bien os lo dije: el poder
del rey es incontrastable....Padilla, el mismo Padilla
murió tambien.... Dios le salve.

ENRIQUE.

Lo sentís?

MARQUES.

Era un valiente,

noble y virtuoso, y nadie,
ni aun sus propios enemigos,
insultar debe sus manes.

ENRIQUE.

(Virtud.... tan noble es tu influjo,

y tu poder es tan grande,

que vences cuando te vencen

y te elevas cuando caes!

Alto poder invencible

que hasta en la tumba renaces,

porque humilles mi soberbia,

porque mi pecho desgarras!....

Yo á mi pesar te saludo,

virtud, bálsamo inefable,

que yo juzgué en mi locura

vano fantasma del aire!)

MARQUES.

No lo penseis, pues no está

en nuestra mano y en balde

es ya el arrepentimiento,

que ó no viene, ó viene tarde.

Molid, cual murió Padilla,

como en la lid, arrogante;

como Bravo y Maldonado,

fuertes, aunque desleales.

El que asi muere, no importa

cual causa sostuvo; nadie

maldice ni ultraja el nombre

sino del torpe ó cobarde.

No hay delito que en tal hora

no purifique la sangre,
y así, borrado el delito,
si hay virtud, allí renace.
Pensad bien esto que os digo,
que bien contemplarlo vale,
y dad con valor la vida
para que el honor se salve.
ENRIQUE. Morir!

ESCENA II.

DICHOS. EL CAPITAN.

CAPITAN. En este momento
para vos un pliego traen
que pienso que es de importancia.
MARQUES. Dónde está? venga.
CAPITAN. Tomadle.
ENRIQUE. Solo os dejo.
MARQUES. Adios, Enrique,
y si es lo que espero....
ENRIQUE. Dadme
la noticia en breve.
MARQUES. Luego
iré á veros.
ENRIQUE. Dios os guarde.

ESCENA III.

EL MARQUES. EL CAPITAN.

MARQUES. Dicen que es urgente?
CAPITAN. Sí;
interesa á lo que creo.
MARQUES. Ya veremos. Abro y leo....
esperad vos. Dice así.
(Lee.) "Los rebeldes han vuelto á tomar las armas des-
pues de su derrota, y se dirigen á esa ciudad con el ob-
jeto de poner en libertad á su gefe. Para este fin, segun
entiendo, se habrá introducido ya en Játiva el merca-
der Juan de Bilbao, de cuya persona no dudo os podais
apoderar, ya enterado por este aviso."

(Representa.) Si tal ventura consigo,
seré feliz; que ese hombre
tiene gran valer y nombre
y es poderoso enemigo.
No hay duda que hablar querrá
á don Enrique en secreto.
No os parece?....

CAPITAN. Yo os prometo
que no lo conseguirá.

MARQUES. Antes bien, pienso que sí.
CAPITAN. Qué!

MARQUES. Sin que nadie lo advierta
oiré por aquella puerta
todo cuanto se hable aquí.
Y así mas fácil también
es sorprenderle.

CAPITAN. Es verdad.
MARQUES. A cuantos vengán dejad
que entren á hablarle.

CAPITAN. Está bien.

ESCENA IV.

EL CAPITAN, luego DON ENRIQUE.

CAPITAN. Como dices, entrarán,
y si tu intento adivino,
no será largo el camino
que para volverse harán.

ENRIQUE. Fuese el marques?

CAPITAN. Presto vuelve.

ENRIQUE. Y sabéis dónde fue?

CAPITAN. No.

ENRIQUE. (Si la orden ya recibió
y ahora mi muerte resuelve!)
No sabéis si era importante
el pliego?

CAPITAN. Con que sepais
que no era lo que esperais,
pienso que sabéis bastante.

ENRIQUE. Decidlo, que no me arredro.
Vino de Castilla, pues?

- CAPITAN. Esc no : pienso que es una carta de Murviédro.
- ENRIQUE. (Respiro!)
- CAPITAN. Desde hoy, licencia para hablar, vuésarced tiene con todos, mientras no viene de Castilla la sentencia.
- ENRIQUE. Dad por tan alto favor gracias al marqués; mas veo que es inútil.
- CAPITAN. No lo creo.
- ENRIQUE. Alguien vino?
- CAPITAN. Sí, señor.
- Y harto demuestra querer á vuesarcé, por mi vida, segun está dolorida.
- ENRIQUE. En verdad! una muger,
- CAPITAN. Y harto bella.
- ENRIQUE. Y cómo pudo llegar aqui!.... tanto afan por mí.... Sí, sí, capitan, si es muger, ya no lo dudo.
- CAPITAN. Eso en mi pobre juicio pienso yo.
- ENRIQUE. Sí, no os asombre, que no es capaz ningun hombre de tan noble sacrificio. Que todos ya me olvidaron al mirarme entre cadenas, y solo en ella mis penas piedad y alivio encontraron. Tales, tan altos extremos de amor constante y leal, ó los comprendemos mal, ó jamas los comprendemos. Hoy no vino?
- CAPITAN. Creo que sí, que no pasa hora ni dia que no esté.
- ENRIQUE. Pobre Maria! tanta ternura por mí! Ved si está y hacedla entrar

ya que el marques lo consiente, allí al
y si alguien viene....

CAPITAN. Es corriente.
ENRIQUE. Venidme vos á avisar.

ESCENA V.

ENRIQUE, luego MARIA.

ENRIQUE. Cuando te llego á mirar
de esa manera alligida,
el alma diera y la vida
para poderte pagar.

MARIA. Él es.... Enrique!

ENRIQUE. Maria!
eres tú? cuán demudada!

MARIA. Te veo al fin!

ENRIQUE. Desdichada!....
y toda la culpa es mia.

MARIA. Oh! tanto tiempo sin verte,
sin llorar contigo!

ENRIQUE. Si...
pero ahora.... ya estás aqui,
para que llores mi muerte.

MARIA. Qué dices?

ENRIQUE. No sabes ya
mi crimen?

MARIA. Hay mas dolores?

ENRIQUE. Pero mi suerte no llores....
cuál mas dichosa será?

Mi frente se ostenta sola
entre todas, atrevida,
de los mártires, ceñida
con la brillante aureola.

Morir asi, no es morir,
que en la miseria del hombre
no hay mas vida que su nombre,
y mi nombre ha de vivir.

MARIA. Y á mí, que me importan, dime,
tus glorias ni tu ambicion,
ni esa vana ostentacion
de tu martirio sublime?

La ilusion de una muger
tanto heroismo no entiende,
ni mas ventura comprende
que en el amor y el placer.
Gloria, honor!.... no, Enrique, yo
no quiero mas que tu vida;
vivir contigo, perdida,
loca, pero sola no.

ENRIQUE. Qué dices?

MARIA. Oh! la verdad.

Morir asi.... eso es terrible.

ENRIQUE. Mas cómo....

MARIA. Qué! no es posible

de hoy mas, la felicidad?

ENRIQUE. Te engaña tu confianza.

MARIA. No.... yo sé que hay quien entiende

salvarte, y que lo pretende

con esta sola esperanza.

ENRIQUE. Es cierto?

MARIA. Sí, mas no puedo

explicártelo.

ENRIQUE. Por qué?....

MARIA. Temo....

ENRIQUE. Qué temes?

MARIA. No sé....

tengo á mis palabras miedo.

Sé que callarlo conviene.

y que mal hice en hablar,

que el bien no se ha de aguardar

y aguardando, tarde viene,

Mas no pude resistir

á mi anhelo.

ENRIQUE. Bien hiciste

que asi mi existencia triste

has venido á redimir.

MARIA. Mas para haber de lograr

esta ventura, entretanto,

cuánto de afanes y cuánto

sufri de triste esperar.

Lloré, supliqué, ofrecí

y todo en vano; esas puertas

siempre al infortunio abiertas

no se abrieron para mí.
Sola yo con tu memoria
noches y días pasé
y tanto afán soporté
por conseguir esta gloria.

Así en mi pecho nació
entre temor y confianza,
cada noche, una esperanza,
y un tormento cada día.

ENRIQUE. Quién creyera que es posible,
de tal manera vivir,
con fuerzas para sufrir
ese afán inestinguible?

Que ese blando corazón
de frágil naturaleza
capaz fuera en su flaqueza
de tanta resignación?

MARIA. Temiste tú que este ser

(*Con amargura.*)

que un cuerpo débil abriga
sucumbiese en la fatiga
subyugado al padecer?

Piensas tú que no hay valor
donde la fuerza no existe?

Piensas tú que se resiste
con los brazos al dolor?

Oh! y aun no lo sabes todo,
ni me es posible explicar
en mi terrible pesar,

cuanto te amé y de qué modo.

Corazón no endurecido,
vírgen, como flor no abierta,
dormía en la calma incierta
de la inercia y del olvido.

Un sentimiento fatal
como la cicuta amargo,
de mi tranquilo letargo
me despertó por mi mal.

Y fue que te vi, y te amé
cuanto á amar un pecho alcanza,
y de una vaga esperanza
mi pasión alimenté.

ENRIQUE. Pobre Maria!

MARIA.

Y despues
de tanto afan inclemente,
ver mi corazon doliente,
ajado siempre á tus pies!
Ver que me roban tu amor,
y que tanta pena y luto
solo me han dado por fruto
tu desprecio y tu rigor.

ENRIQUE.

(Es cierto, Maria, es cierto!

Fantástico amor de niño,
que comprendes el cariño
en un corazon ya muerto!
Idólatra! en la ilusion
de tu ciego desvario,
no ves que á un altar yacio
diriges tu adoracion!)
Oh! si.... yo debo pagar
con mi vida, si es preciso,
ese amor que el cielo quiso
para mí solo guardar.

MARIA.

Qué dices?

ENRIQUE.

Que si es posible
pagarte tanta ternura
bajo está bóveda oscura
y en este trance terrible;
si le basta á tu ambicion
esta mano de un proscrito
y mi corazon marchito
unir á tu corazon,
ven luego á mis brazos, ven,
y aunque mi vida concluya,
esta que me queda es tuya
y el alma, tuya tambien.

MARIA.

Amarme tú? y es verdad?
no, mi ilusion lo ha fingido.
Yo, Enrique, no he merecido
tu amor, si no tu piedad.

ENRIQUE.

Lloras?

MARIA.

Ay! deja correr
este llanto aunque asi muera,
que es esta la vez primera

que he llorado de placer.

ESCENA VI.

DICHOS. EL CAPITAN.

CAPITAN. Como dijisteis....

ENRIQUE. Alguno
ha venido?.... di, responde.

CAPITAN. Sí.

ENRIQUE. Ven, ven y aqui te esconde.

Oh! mal haya el importuno!

CAPITAN. Le hago entrar?

ENRIQUE. Eso es forzoso.

CAPITAN. No es tan linda como....

ENRIQUE. Pues!
es otra dama?

CAPITAN. No es
sino un santo religioso.

ENRIQUE. Gran Dios! qué quiere de mí?
quién aqui le envia?

CAPITAN. A fe
que yo por mí no lo sé.
Entrará al instante?

ENRIQUE. Si.

(Vase el capitán.)

La voz de la eternidad
mas aterra si habla muda,
y es mas horrible la duda
que la mas triste verdad.

ESCENA VII.

ENRIQUE. JUAN DE BILBAO.

Juan de Bilbao en traje de religioso, calada la capucha. Entra, mira con recelo á todas partes, y ya asegurado, se descubre y corre á abrazar á don Enrique.

ENRIQUE. Quién sois?

JUAN. Enrique!

ENRIQUE.

Padre!

JUAN.

Hablad mas paso.

ENRIQUE.

Vos aqui! cómo asi?

JUAN.

No me esperabas?

ENRIQUE.

No por cierto.

JUAN.

Pensaste que á tu suerte
te dejase entregado, y que sin duelo
viera tu esclavitud, tal vez tu muerte?

ENRIQUE.

En fin....

JUAN.

Vengo á salvarte.

ENRIQUE.

Eso es posible?

JUAN.

Pocos momentos quedan. Oh! sin duda
la venganza será fiera y terrible.

ENRIQUE.

Cómo?

JUAN.

Esta noche, en breve, entre el estruendo
de horrenda lid despertará la villa
y la hueste real. Noche sangrienta
esta noche va á ser.

ENRIQUE.

Me maravilla!

Aun hay valientes que á morir se ofrecen
por esta causa santa! Tú los guia....

Yo, vencido, ultrajado, yo no debo
unir su suerte á la desgracia mia.

JUAN.

No, no.... vuelve á los campos: la victoria
premio es del mas constante, y si por suerte
no encuentras otro honor que el de la muerte,
eso te basta á ti: muere con gloria.

ENRIQUE.

Padre!

JUAN.

Temes?

ENRIQUE.

Por vos: esa esperanza
mil veces insensata os alucina,
alma noble y leal! volved los ojos
y mirad esa tierra ensangrentada
que cubren con horror nuestros despojos.
Volved un punto el ciego pensamiento
á los funestos campos de Castilla,
y preguntad á Villalar, qué hicieron
las denodadas huestes de Padilla.
El mismo cielo castigó irritado
su soberbia locura,
y el temerario Acuña y Maldonado
cayeron combatiendo en la llanura.

Cayeron, y traidores los aclaman,
 y sus nombres infaman
 nobleza y plebe á una,
 porque en la santa y peligrosa empresa
 no ayudó á su constancia la fortuna.
 No siempre es la victoria
 el premio del valor y la osadia,
 ni es el fruto tal vez, por vida mia,
 de la causa mejor, la mejor gloria.
 Conquista, hiere, oprime,
 despedaza la tierra

con sangre, mortandad y eterna guerra,
 y asi inmortal serás, grande y sublime.

JUAN. Callad, callad!... muy pronto las desdichas
 gastaron la virtud en vuestro pecho:
 presto heló en vuestras venas la osadia,
 el cobarde temor.

ENRIQUE. Qué decis?

JUAN. Basta,

don Enrique.

ENRIQUE. Sí, sí por vida mia.

JUAN. Una palabra mas.

ENRIQUE. Decid y presto.

JUAN. Escuchadme hasta el fin: es una historia
 de mis pasados tiempos: un recuerdo
 que atosiga incesante mi memoria.

ENRIQUE. Que estais loco presumó: qué me importan
 á mí vuestros recuerdos?

JUAN. Mas de lo que pensais.

ENRIQUE. Alegre os quiero!

cuentos traeis, cuando rabiando muero?

JUAN. Escuchad, por vos mismo. Seré breve.

Era una noche.... en Salamanca era:

por las desiertas calles á deshora
 atravesaba yo....

(Se oye rumor á la puerta de la derecha.)

ENRIQUE. No habeis oido

ese estraño rumor?

JUAN. No.... nada ha sido.

ENRIQUE. Proseguid.

JUAN. Era, pues, como os decia,
 una noche: las calles silenciosas

de Salamanca, á oscuras discurría,
 cuando al pasar al lado de su alcázar,
 una puerta que acaso encontré abierta,
 salida á un hombre dió, que presuroso
 cerró tras sí la misteriosa puerta.
 Oculto el rostro y recatado el paso,
 por la sombra cruzó; mas vacilante
 el pie movía con esfuerzo escaso.

MARQUES. (*Entreabriendo la puerta de la derecha.*)
 Qué escucho!

JUAN. Ya sin fuerzas
 el mancebo animoso,
 arrodillose, y colocó en la tierra
 un bulto que ocultaba cuidadoso.
 Oh! qué tiernos gemidos,
 de una voz infantil sonaron luego,
 mezclados á los lúgubres quejidos
 del mísero mancebo!

MARQUES. Es verdad! es verdad!

JUAN. Herido estaba...
 en mis brazos llevelos, moribundos....

ENRIQUE. Y el niño?

ESCENA VIII.

DICHOS. EL MARQUES.

MARQUES. El niño era
 un príncipe infeliz, que si viviera,
 la corona heredara de dos mundos.

JUAN. Qué escucho!

ENRIQUE. Aquí el marques!

MARQUES. Dónde está, dónde,
 si no murió, mi príncipe adorado?
 Tú le ocultaste, mercader? responde.

JUAN. Querreis vender acaso su cabeza?

MARQUES. Quiero besar su mano.

JUAN. Sea en buen hora,
 y vos seréis el súbdito primero
 que goce tal ventura.
 Dad la mano al marques, don Juan tercero.

ENRIQUE. Es ilusion? es sueño?

MARQUES. Qué decis?

JUAN. La verdad.

MARQUES. Mi soberano!

dignaos permitir que vuestra mano logre besar como á señor y dueño.

ENRIQUE. Hijo de rey soy yo?

JUAN. Sí, de esa raza

que tú tanto aborreces.

ENRIQUE. En mis venas

corre su sangre y mi nobleza abona?
soy heredero en fin de una corona!

JUAN. Sí; mas de una corona, profanada
por la frente de un déspota.

ENRIQUE. Marchemos,

marchemos á lidiar, y á ese tirano
mi corona y mis pueblos arranquemos.

JUAN. No olvidará jamas vuestra prudencia,
que ya el pueblo en sus rojos estandartes
escribió libertad é independencia.

ENRIQUE. Oh! nada sé.... callad!

JUAN. Pero vos mismo

aclamasteis tambien su pensamiento,
y el cielo lo escuchó y allí está escrito
con firme, irrevocable juramento.

ENRIQUE. Mercader; el que misero se arrastra
del pueblo esclavo en el terreno inmundo,
alce en buen hora el grito temeroso
para aclamar la libertad del mundo.

Bien hace, porque el mundo es su riqueza,
el cielo su corona,

su altivo pensamiento es su nobleza.

Pero el hijo de reyes,

de esa raza, de Dios privilegiada,

que dicte al mundo leyes,

con su potente voz á los humildes,

á los soberbios, con la dura espada.

Venid, marques.... con vínculo sagrado
nuestra union brevemente afirmaremos
con vuestra sangre aunado....

JUAN. (Oh! gigante real, ya lo veremos!

Pronto respiras, y al cerrar mi mano,

yo sé que esto me basta
para ahogar en su germen un tirano.)

ESCENA IX.

DICHOS. EL CAPITAN.

- CAPITAN. Pon en defensa la villa
y sus avenidas cierra,
que vienen en soñ de guerra
en numerosa cuadrilla
los bandidos de la sierra.
- ENRIQUE. Dejad.... yo con mi presencia
los pondré en orden y ley,
y así vos dadme licencia....
- MARQUES. (*Aparte á don Enrique.*)
Vos sereis de España rey.
- ENRIQUE. (*Aparte al marques.*)
Yo os entregaré á Valencia.

ESCENA X.

Queda solo JUAN DE BILBAO: un momento despues aparece MARIA por la izquierda, y se levanta el velo: los dos se contemplan un momento con amargura.

- MARIA. Padre!
- JUAN. Todo lo comprendo....
perjuro dos veces fue
su honor y tu fe vendiendo!
- MARIA. De eso, padre, yo no entiendo
sino que vendió mi fe.
Mas me resta en mi alliccion
una halagüeña esperanza
que alivia mi corazon.
- JUAN. Sí, bien dices!.... la venganza!
- MARIA. No, padre, no.... su perdon.

ACTO CUARTO.

Valencia : una sala en la casa de Juan de Bilbao. Una puerta en el fondo y dos laterales. A un lado un grande armario.

ESCENA I.

MARIA. ENRIQUE.

ENRIQUE. Vino vuestro padre?

MARIA. Pienso
que aun no.

ENRIQUE. Esperaré entretanto.

Acaso enojado está
conmigo.

MARIA. Por qué enojado?

ENRIQUE. Oh! bien lo sabeis : sin duda
debi parecerle ingrato
y desleal , mas Dios sabe
que me hace notable agravio.

MARIA. Enrique!

ENRIQUE. Nada digais ,
que no podeis saber cuánto
mas que vos he padecido
por mi daño y vuestro daño.
Dios que al perjuro castiga
con su poder soberano ,
escuchó mis juramentos
que de mi pecho emanaron.
Su cólera me maldiga
si desleal he olvidado
como amante ó como noble
mis deberes sacrosantos.

MARIA. Basta , don Enrique , basta
de traiciones y desengaños
que suenan mal , como indignos ,

de tal príncipe en los labios.
 De vuestro deber de noble
 no me cuido y por lo tanto
 ni pretendo su firmeza
 ni procuro averiguarlo.
 Amante, sé lo que os debo,
 sin que os acuse de ingrato,
 que tambien sé que no puedo
 merecer lugar tan alto.
 Mas, respetad á lo menos
 mi humildad y no inhumano
 desgareis un alma triste
 que solo vive del llanto.

ENRIQUE. Me acusais!

MARIA. Yo no os acuso:
 antes quiero disculparos
 si digo que no os merezco....

ENRIQUE. Pues qué!... no soy ya tu hermano?

MARIA. Os burlais!

ENRIQUE. No.... nada importa
 mi noble origen preclaro,
 que no vale una corona
 lo que esposo tuyo valgo.

MARIA. Imposible.... tú bien sabes
 el ardor con que te amo
 y asi procuras piadoso
 mitigar mi duelo amargo.
 Gracias, gracias.... mas yo sé
 padecer, que tantos años
 de amargura y de dolores
 á padecer me enseñaron.
 Crédulas somos, Enrique;
 pero en mi afecto insensato
 no cabe tanta esperanza
 sin que haga á mi honor agravio.

ENRIQUE. Qué puedes temer?

MARIA. Lo ignoras?
 piensas que me ha deslumbrado
 tu ambicion, bastardo afecto
 al amor siempre contrario!

ENRIQUE. Quién sabe! piensas Maria
 que sea tan facil acaso

- conquistar esa corona?...
 Y si tal vez no la alcanzo?
- MARIA. Entonces, pobre y humilde,
 tu trono serán mis brazos
 y yo tu esclava.
- ENRIQUE. Y si olvido
 mi proyecto temerario?
- MARIA. Seré tu esposa; mas....
- ENRIQUE. Dudas?
- MARIA. Ay, yo sé bien, que bien hago
 en temerte: nunca supe
 dudar y me has enseñado.
- ENRIQUE. Yo te volveré tu fe.
 Me amarás?
- MARIA. No, que te amo....
 pero estás inquieto!
- ENRIQUE. Es cierto....
 ansioso á tu padre aguardo.
- MARIA. Tanto el hablarle te importa?
- ENRIQUE. Sí, hermana, me importa tanto.
 Dime, no guarda tu padre....
- MARIA. Qué, Enrique?
- ENRIQUE. Si te declaro....
- MARIA. Habla.
- ENRIQUE. Un papel, una carta....
- MARIA. Comprendo: un pliego cerrado
 para el cardenal don Pedro
 de Mendoza....
- ENRIQUE. De ese hablo.
- MARIA. Yo le tengo.
- ENRIQUE. Tú le tienes
 en tu poder? (Cielo santo!)
- MARIA. Sin él, en vano pretendes
 probar tu origen.
- ENRIQUE. En vano;
 y esa carta ya es inútil
 pues no pretendo probarlo.
- MARIA. Cierto?
- ENRIQUE. Mas dámela: quiero
 que reducida á pedazos,
 noble sacrificio sea
 á tu amor.

- MARIA. Dios soberano!
Eso es posible!
- ENRIQUE. Sí, corre,
que no vivo en cuanto tardo
en probarte la ternura
con que ciego te idolatro.
- MARIA. No temas: yo misma....
- ENRIQUE. Cómo!
no.... quiero verlo.... es un vago
deseo.
- MARIA. No, sino orgullo;
mas le verás. (*Se dirige al armario.*)
- ENRIQUE. (*He triunfado!*)
- MARIA. Cerrado está, que mi padre
sin duda....
- ENRIQUE. (*Maldito acaso!*)
este puñal....
- MARIA. No, que vienen...!
y es mi padre!
- ENRIQUE. Pero en tanto
que aqui llega....
- MARIA. Vete, Enrique!
- ENRIQUE. Luego?....
- MARIA. Sí, sí....
(*Abriendo la puerta de la derecha.*)
- ENRIQUE. Donde salgo
por aqui?
- MARIA. Toma esa llave....
un postigo que da al campo
hallarás!
- ENRIQUE. (*Ah!*) (*Con alegría.*)
(*Entrando por la puerta.*)
- MARIA. Vete presto;
mas.... no olvides que te aguardo.

ESCENA II.

MARIA, un momento despues JUAN DE BILBAO.

- JUAN. Aqui estás?
- MARIA. Si os incomodo
por ventura....
- JUAN. No, hija mia!

- MARIA. Como me evitais en todo
debo pensar de este modo....
- JUAN. Por qué lo dices, Maria?
- MARIA. De vuestra continua ausencia,
no quereis me queje?
- JUAN. No.
- MARIA. No es precisa consecuencia
que os ofende mi presencia?
qué os hice para eso yo?
- JUAN. Pobre niña! de mi suerte
nada sabes, nada alcanzas,
ni puede nada ofenderte
en este mar de venganzas,
por tu misma inercia fuerte.
El hombre, no....
- MARIA. Ya os entiendo,
y eso es fuerza que me aflija;
mas por ese estado horrendo
que ni admiro, ni comprendo,
no olvideis á vuestra hija.
Miradme, que sola y triste,
en veros, toda mi calma,
todo mi placer consiste!
- JUAN. Es verdad! hija del alma!....
en hora fatal naciste!
Si en mi pecho concebí
algun temor, ese fue....
¡dejarte sola.... ay de mí!
huérfana....
- MARIA. Es verdad! (*Con dolor.*)
- JUAN. No sé
qué fuera entonces de tí.
Madre de Dios, amorosa,
protege desde este dia
su juventud peligrosa....
tambien como tú es hermosa;
tambien como tú es Maria.
Si llega á tí mi querella,
oye que te ruega un padre,
no por mí, solo por ella;
por la mísera doncella
sin el amor de su madre.

- Venero de castidad!
 tú que en amor y piedad
 al Dios ingénito igualas,
 tiende sobre ella tus alas
 y protege su horfandad.
 No tiene padre: lanzado
 en la espantosa corriente
 de ese piélagos irritado,
 el sueño apenas consiente
 á su deber de soldado.
 Y no me acuses que así
 olvide el deber de padre
 con tan ciego frenesí....
 Señora! ella es mi hija, sí;
 pero la España es mi madre.
- MARIA. Si, señor, teneis razon....
 y así os quiero; aunque la vida
 se pierda en tal ocasion,
 no estará en mi corazon
 vuestra memoria, perdida.
 Ya nunca os dirán mi afan
 de hoy mas, mis ojos serenos,
 ni lágrimas verterán....
 si moris entre los buenos
 los buenos os llorarán.
 Y yo orgullosa veré
 llenar el mundo tu gloria,
 y si vivo, viviré
 partícipe de tu fe
 y honrada con tu memoria.
- JUAN. Tanto valor no creia
 hallar en tí.
- MARIA. Si es valor,
 no lo sé... (*Llorando.*)
- JUAN. Qué haces, Maria!
- MARIA. Vos morir, padre y señor?
 valor! en eso os mentia!
- JUAN. Oh! que me afliges así,
 y me es preciso quedar
 solo.
- MARIA. En esta sala?
- JUAN. Si.

- MARIA. (Santo Dios! él va á llegar
y acaso le encuentra aqui.)
- JUAN. Qué haces ?
- MARIA. En irme consiento, (*Con dulzura.*)
si presto acabais.
- JUAN. Bien dices....
bástame solo un momento.
- MARIA. (Dichosa yo, si contento
nuestra santa union bendices.)

ESCENA III.

JUAN DE BILBAO, *Se dirige al armario y saca de él un pliego cerrado.*

Aqui estás, mudo testigo,
á quien yo á callar obligo,
preso en mi robusta mano....
esperanza de un tirano
que hoy has de ser su castigo.
Hoy verás cuán vana ha sido
tu arrogancia, y hoy verás
mancebo desvanecido,
como, en nada confundido
queda, quien creyó ser más.
Mal hiciste en ofender
á quien tu fortuna abona,
y á quien le basta querer,
para humillar y romper
tu soberbia y tu corona.
Alza la frente radiante
con el orgullo de un rey,
y pisa con pie triunfante
esa rebelada grey
que presume de arrogante.
Toca al arma: esas legiones
den al aire tus pendones,
moviendo sangrienta guerra
contra esta rebelde tierra
de tan nobles corazones.
Sueña, pues, que solo así
serás grande y serás rey,

sin acordarte de mí...
 que tengo bajo mi ley
 toda tu esperanza aquí.
 Mas luego, cuando despierte
 tu pobre soberbia loca,
 conocerás de qué suerte
 toda tu existencia es poca
 para pagar á la muerte.
 Y verás como el gusano
 que con desprecio ultrajaste,
 socava el cimiento vano
 donde mísero asentaste
 tu presuncion de tirano.

ESCENA IV.

JUAN DE BILBAO. MARIA.

MARIA. Es tiempo ya?

JUAN. Si: ya es hora
 de reposar.

MARIA. Bien decís....

(*Mirando con inquietud á la puerta de la derecha.*)

dormid, descansad ahora....

JUAN. Despiértame con la aurora.

MARIA. Pues qué! tan pronto partís?

JUAN. Al punto.

MARIA. Adios!

JUAN. Hija mía!

A Dios y que él te consuele

de esa tristeza sombría....

que por tí su piedad vele

y él te defienda, Maria. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA V.

MARIA: *un momento despues*, ENRIQUE y EL MARQUES DE CENETE, *que entran por la derecha embozados y con la mayor precaucion.*

MARIA. Cuánto tarda! mas ya creo
 que le oigo.... Válgame Dios!

dos hombres se acercan.... dos! (*Apaga la luz.*)
dudando estoy lo que veo.

(*Se oculta, entrando por la puerta de la izquierda.*)

ENRIQUE. (*En voz baja.*) Por aquí!

MARQUES.

Con tiento.

MARIA.

Oigamos....

qué puede esto ser?

ENRIQUE.

Entrad

y esa puerta asegurad.

MARQUES. Mirad bien....

(*Enrique saca de debajo del embozo una linterna, con la que examina cuidadosamente la sala.*)

ENRIQUE.

Solos estamos.

MARQUES. Al fin decidido estais?

MARIA. (*Aquí el marques!*)

ENRIQUE.

Un momento,

oidme, marques, atento.

MARQUES. Si haré, si presto acabais.

ENRIQUE. Nada teneis que temer,

puesto que yo os aseguro.

MARQUES. Que estoy receloso os juro,

no de vos, del mercader.

MARIA. Qué escucho!

ENRIQUE.

Hacia dónde estan

las tropas?

MARQUES.

Nada os espante,

que pienso que en este instante

á los muros llegarán.

ENRIQUE. Es asunto terminado.

MARQUES. Lo espero asi.

ENRIQUE.

De ese modo,

nada hay que temer.

MARQUES.

Con todo,

el mercader es osado.

ENRIQUE. No temais: aunque su nombre

es terrible, no es bastante

contra esa hueste pujante

el valor de solo un hombre.

Vendida la seña está,

y entregado al sueño, inermes

todo el ejército duerme....

seguro el golpe será.

- Solo resta....
- MARQUES. Ya os entiendo:
rota la rebelde grey,
sereis proclamado rey.
- ENRIQUE. Y nada mas?
- MARQUES. No os comprendo.
- MARIA. (Infames!)
- ENRIQUE. No es la venganza
ni el orgullo, quien me abona,
que á ganar esa corona,
sobran mi brazo y mi lanza.
Y puesto que ya no alcance
tal gloria, por no esperar
á que me la venga á dar
de la lid el duro trance;
ya que amigo y no señor
solo esta gracia os suplico,
y que por vos sacrificio,
no sé si diga, mi honor,
ya sabeis que otra ventura
de vos solamente espero.
- MARQUES. Blanca?....
- ENRIQUE. Ya soy caballero
y digno de su hermosura.
Si atento á muy justa ley
negásteismela en buen hora,
podeis negármela ahora
como noble y como rey?
- MARIA. (Gran Dios!)
- ENRIQUE. Decid.
- MARQUES. No sé yo
si tal dicha merecí.
Cual noble, os digo que sí....
cual rey, os digo que no.
- ENRIQUE. Eso decís?
- MARQUES. Fuerza es.
- ENRIQUE. Qué razon....
- MARQUES. Porque en mi mengua
pondrá la envidia la lengua
si en esto vé mi interes.
No espereis si me mancilla
vil ó cobarde una accion,

que trueque yo mi opinion
por el cetro de Castilla.

Tengo ambicion , mas leal ,
que nunca orgulloso y vano
puse mis ojos , profano ,
en vuestro sólio real.

(No es bueno manifestar
que esta fue y esta es mi idea.)

ENRIQUE. (Es claro que lo desea,
pues que me quiere incitar.)

MARQUES. En fin....

ENRIQUE. En fin , si desisto....

MARQUES. Qué decís ?

ENRIQUE. Vos lo quereis ,
y tanto me obligareis....

MARQUES. (Esto es malo , vive Cristo !)

Yo tan solo por mi honor....

ENRIQUE. De eso , mas tarde hablaremos ;
fuerza es que nos ocupemos
de otra cosa.

MARQUES. Asi , es mejor.

ENRIQUE. Aun no ha venido y yo sé
en donde ese pliego guarda.

MARQUES. Mirad....

ENRIQUE. Nada me acobarda.

MARQUES. Sabeis de cierto?...

ENRIQUE. Lo sé.

qué miro ! la llave está....

MARIA. (Da un grito : se oye un golpe como de un cuer-
que cae.) Ah !

MARQUES. No oís ?

ENRIQUE. Hacia esa puerta

sonó un grito....

MARQUES. Y está abierta.

ENRIQUE. Sea quien fuere , morirá.

(Entra Enrique por la puerta donde está Maria y retro-
cede instantáneamente.)

ENRIQUE. Ella es.... Maria !

MARQUES. Escuchad !

ENRIQUE. Alguien se acerca.

(Lleva la luz al armario y le recorre precipitadamen-
te con la vista.)

MARQUES. Qué hacemos?

ENRIQUE. No está!

MARQUES. Luego volveremos
triunfantes.

ENRIQUE. Luego!

MARQUES. Escapad.

(Vase por la derecha.)

ENRIQUE. Me ha engañado.... si le guarda
consigo?... veamos!

JUAN, dentro. Maria!

ENRIQUE. Su padre! fortuna mia!

cuánto esa voz me acobarda!

Huyamos. *(Vase.)*

ESCENA VI.

JUAN DE BILBAO, y despues MARIA.

JUAN. Hija! responde....

no sé que estraño rumor

llenó mi alma de terror!...

pero ella, dónde está? dónde?

(Llega á la puerta de la izquierda.)

Fria!.... en el suelo!

MARIA. Sois vos!

(Mirándole con ojos atónitos.)

JUAN. Hija! Maria!

MARIA. Ay!

JUAN. Respira....

MARIA. Tenedle.... el infame!

JUAN. Mira....

soy yo! qué te aflige?

MARIA. Ay Dios!

Os he engañado.... no está.... *(Corre al armario.)*
fuese con él.

JUAN. No te entiendo.

MARIA. Ese papel.... no estás viendo?

JUAN. Te engañas.

MARIA. Y rey será.

JUAN. No, mientras yo viva.

MARIA. Pues!....

cómo has de evitarlo?

JUAN. Mira.
(*La enseña los papeles que sacó del armario.*)

MARIA. Cielos!.... corazón, respira!....
respira, que aun tuyo es.

JUAN. Toma y guarda cuidadosa
ese secreto....

MARIA. Bien, bien....

JUAN. Estás agitada, ven....
la noche es larga.

MARIA. Horrorosa!

JUAN. Qué tienes?

MARIA. Perdon....

JUAN. Alienta....

MARIA. Esta noche.... lo olvidé....

JUAN. Esta noche, pues....

MARIA. Yo sé
que será horrible y sangrienta.

Huye, señor, aun no es tarde.

JUAN. Acaba, pues.

MARIA. Que han vendido

la ciudad....

JUAN. Engaño ha sido....

quién tal hiciera?

MARIA. Un cobarde.

JUAN. Enrique!

MARIA. Volad, volad....

cambiad la seña....

JUAN. El infame! (*Vase.*)

MARIA. Antes que Castilla llame

al muro de la ciudad.

ESCENA VII.

MARIA, *sola.*

No, no.... yo pude sufrir
con resignacion tu engaño;
mas no quiero consentir
que otra disfrute en mi daño
tu halagüeño porvenir.
Sea en buen hora tu esposa,
si esta de tu amor es ley;

mas no presume dichosa
 cubrir su frente orgullosa
 con la corona de un rey.
 No basta á desvanecella
 vivir amada de tí?
 no la contenta su estrella?
 por qué no le basta á ella
 con lo que me basta á mí?
 En vano necia blasona
 si otra ventura ambiciona!
 si ha deslumbrado sus ojos
 el brillo de una corona...
 la tendrá, pero de abrojos.

(*Abre y lee.*) "Yo, doña Margarita de Flandes, á vos, cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, encomiendo mi hijo, y juro á Dios y á mi conciencia que le hubo en mi esposo el príncipe don Juan, cuyos celos son altamente injustos. Y para que este mi hijo que desde hoy ha de creerse muerto por todos, menos por vos, y por mí, pueda hacer ver siempre la verdad de sus derechos, entregadle esta que firmo en Salamanca á 8 de julio de 1497.= Margarita de Flandes."

(*Representa.*) Muere, engañosa esperanza,

(*Hace arder el pliego en la luz.*)

en cenizas convertida,
 que si á otra cosa no alcanza
 mi rabia que á la venganza,
 véala al menos cumplida.
 Reposa ya, corazón...
 que está cumplida presumo.
 Diadema, orgullo, ambicion,
 van á verlo, ya no son
 sino aire, ceniza y humo.
 Pobre acaso y sin fortuna
 de tí le rechazarás,
 y entonces, sin duda alguna
 se acordará de que hay una
 que no le olvida jamas.

(*Se oyen dentro voces y estrépito lejano de armas.*)

DENTRO. Santa Maria y Carlos.

MARIA.

Ya era tarde!

DENTRO. Santiago y libertad.

MARIA. Dios poderoso!
salvadle!....

ESCENA VIII.

MARIA. JUAN DE BILBAO, *con la espada desnuda.*

JUAN. Era verdad!

(*A Maria con desesperacion.*)

MARIA. Nos ha vendido.

JUAN. Mas yo me vengaré.

MARIA. No hay otro medio?....

JUAN. Ninguno!

MARIA. Ved que vienen.... no has oido?

JUAN. Busca la presa el lobo carnicero....

no la hallará....

MARIA. Escapad.

JUAN. Eso es preciso....

muriera como bueno combatiendo;

pero ni aun eso mi desdicha quiso.

Por siempre adios.... adios con vuestra gloria,

de tantos héroes sombras veneradas,

que de España dejais en la memoria,

lecciones mil al porvenir legadas;

por mas que herida por traidora mano

la libertad suspire moribunda,

no se ha vertido su semilla en vano....

la sangre del martirio la fecunda.

ESCENA IX.

JUAN DE BILBAO, *se va por la derecha: al salir, le arranca MARIA la daga y se coloca delante de la puerta en ademán de estorbar el paso á los que vienen. Salen por el fondo, ENRIQUE y SOLDADOS del ejército real.*

MARIA. Yo el paso guardaré y ay del que osado irrite mi furor!

ENRIQUE. Ella! Maria.

MARIA. Apartate, traidor!

ENRIQUE. Tú nada sabes....

MARIA. Ya sé cuánto se encierra en ese pecho

de perfidia y maldad.

ENRIQUE.

Basta! no acabes!

MARIA.

Qué buskais, pues? triunfaron los traidores del dormido valor!... digna victoria!

Asi afirman los nobles castellanos

el esplendor de su heredada gloria?

Si oro buskais, si aún no ha satisfecho

el sangriento botin vuestra torpeza,

raposas sin valor, mas que leones,

aqui no encontrareis otra riqueza

que nobles y esforzados corazones,

y en vez de joyas y de adornos viles,

hierro hallareis en manos mugeriles.

ENRIQUE.

Acabemos, Maria.

MARIA.

Ya te entiendo

y lo que buscas sé; mas ya en vano....

ENRIQUE.

Ah! qué quieres decir?

MARIA.

No lo estás viendo?

Ceniza, nada es ya.

ENRIQUE.

Dios soberano!

ESCENA X.

DICHOS. EL MARQUES.

ENRIQUE.

Venid, marques....

MARIA.

Venid.... dadme el castigo

que merezca mi culpa; mas ya es tarde para resucitar ese testigo.

MARQUES.

Todo lo entiendo.

ENRIQUE.

Entonces....

MARQUES.

Es ya fuerza

que torcido el destino y la esperanza, asi tambien mi voluntad se tuerza.

ENRIQUE.

Marques!

MARQUES.

Sin esa prueba, es imposible salvaros.

ENRIQUE.

Qué decís!

MARQUES.

Dadme la espada

y entregaos á prision.

MARIA.

Dios le castiga!

MARQUES. Llevadle.

ENRIQUE. A dónde?

MARQUES. Adonde acaso mueras....
que asi lo quiere la fortuna airada.

ESCENA XI.

MARIA, *sola.*

A morir! y soy yo quien por mi mano
al suplicio le llevo? no.... imposible!....
aun le quiero traidor y fue mi hermano.
Todo lo emplearé, súplicas y oro
para salvar la vida de un ingrato
en quien la misma ingratitud adoro.



ACTO QUINTO.

Un calabozo oscuro en la cárcel de Valencia. Don Enrique sentado en un banco de piedra y en el mayor abatimiento. En el fondo, hay una puerta grande, y otra mas pequeña á la izquierda del espectador. Sobre esta última habrá una ventana cerrada con fuertes hierros, por donde penetra escasamente el resplandor de la luna.

ESCENA I.

DON ENRIQUE.

No.... ya no hay mas que esperar
ni clemencia ni perdon :
ni habrá quien quiera salvar
mi vida, que fuera dar
á otro perjurio ocasion.
Y asi, alma triste, pensemos
de qué suerte me han traído
á tan horribles estremos,
y en prepararme, advertido,
á morir, nos ocupemos.
No valen lágrimas, no,
contra el rigor de la suerte,
ni piedad merezco yo....
si la ambicion me cegó,
abra mis ojos la muerte.
Qué te has hecho, valor mio?
por qué el corazon no late,
débil, desmayado y frio?
por qué sin su antiguo brio
melancólico se abate?
Ya lo sé: quien asi muere
de todos aborrecido
sin que una lágrima espere,

muere dos veces herido,
 que el mundo tambien le hiere.
 Perdí el bien que me ofrecia
 un corazon, que de amores
 solo para mí existia,
 y el sello de los traidores
 manchó mi existencia impia:
 porque con ciega confianza
 por mi orgullo deslumbrado,
 puse mi loca esperanza
 en la engañosa balanza
 de los vaivenes del hado.
 Troqué la paz de mi sueño
 por ese anhelo profundo
 mentiroso y halagüeño,
 creyéndome ser ya dueño
 de los destinos del mundo.
 Y así, corazon, que infiel
 abrigaste mi enemigo
 el orgullo de Luzbel,
 sufre y padece cual él
 de tu soberbia el castigo.

ESCENA II.

ENRIQUE. EL MARQUES DE CENETE, *que sale por la puerta del fondo.*

ENRIQUE. Quién me busca?

MARQUES. Quien quisiera
 mitigar vuestro dolor.

ENRIQUE. Marques?

MARQUES. Yo soy.

ENRIQUE. Se ha reunido
 el tribunal, sabeis vos?...

MARQUES. Presto va á juzgaros.

ENRIQUE. Cuándo
 pensais que es mi muerte?

MARQUES. Hoy.

ENRIQUE. Tan pronto! y no hay esperanza
 ninguna?

- MARQUES. Pienso que no os vea volver.
- ENRIQUE. En ese caso, á qué ha sido el venir á mi prision!
- MARQUES. A preguntaros si hay medio alguno....
- ENRIQUE. Decid, por Dios!
- MARQUES. Esa carta....
- ENRIQUE. Ya no existe.
- MARQUES. Que yo os juro por mi honor que si estuviera en mis manos tuvierais vuestro perdon.
- ENRIQUE. No hay otro medio?
- MARQUES. Ninguno.
- ENRIQUE. Vos lo podeis.
- MARQUES. Es error.
- ENRIQUE. Decid, y de esta victoria, quién los medios os prestó? no fui yo?
- MARQUES. Cierto; mas eso se quedará entre los dos.
- ENRIQUE. Y el pago de tal servicio, cuál debió ser?
- MARQUES. Si faltó la prueba de vuestro origen, de qué me culpáis, señor?
- ENRIQUE. Pero me debeis....
- MARQUES. Yo, nada. Pagara vuestra traicion con mi sangre y con mi vida, pero con mi gloria, no.
- ENRIQUE. Quién hacerlo me propuso, decid, marques, sino vos?
- MARQUES. Os lo niego por ventura?
- ENRIQUE. Luego tambien sois traidor?
- MARQUES. No: vos sois el que ha vendido, y el que ha comprado soy yo.
- ENRIQUE. Y á qué precio?
- MARQUES. Lo que os dije dispuesto á cumplir estoy.
- ENRIQUE. Negareis vuestras promesas, al menos?
- MARQUES. Libreme Dios;

mas vos tambien me ofrecisteis....

ENRIQUE. Basta ya, teneis razon,
porque ciego os he juzgado
noble y caballero.

MARQUES. No,
sino porque estais vencido
en manos del vencedor.

ENRIQUE. Dejadme.

MARQUES. No me es posible;
os esperan, y yo soy
quien va á conducirlos.

ENRIQUE. Dónde?

ESCENA III.

DICHOS. EL CAPITAN.

CAPITAN. Ya el tribunal se reunió.

MARQUES. Lo oís?

ENRIQUE. Vamos si ello es fuerza.

(No me abandones, valor!)

ESCENA IV.

MARIA. EL CARCELERO.

(Abrese la puerta de la izquierda, y aparece el carcelero mirando cuidadosamente á todas partes. Despues, sale Maria cubierta con un velo.)

CARCELERO. Entrad.

MARIA. Dónde está?

CARCELERO. Esperadle,
que no tardará en venir.

MARIA. Sereis fiel?

CARCELERO. Le salvaremos.

MARIA. Dios piadoso, hacedlo así.

CARCELERO. Allí os espero: avisadme
cuando hubiereis de salir
cuidando que nadie os vea:

entendeis, señora? (*Vase por la izquierda.*)

MARIA.

Sí.

(*Se sienta, despues de una breve pausa.*)

Él viva aunque yo fenezca,
porque en tan contraria lid
yo por él pierda mi vida
y él tenga vida por mí.

Qué vale ya la existencia
que vaga sin porvenir,
ya deshojadas las flores
de mi encantado jardin?

Pobre muger! cuántos años
de mi existencia perdi
amontonando esperanzas
que jamas se han de cumplir!

Oh! qué desierto camino
cubierto de espinas mil
sin luz que alumbre mis pasos
habré, de hoy mas, de seguir!

Y ahogar es fuerza en mi pecho
este ciego frenesí
que solo vive de agravios
en humillacion servil.

Es imposible; imposible
es ocultarlo, que al fin
por mas que la lengua calle.
mis ojos lo han de decir:

que en el corazon opreso
de tanto duelo infeliz,
bien se encierran las palabras;
mas las lágrimas, no así.

ESCENA V.

MARIA. ENRIQUE.

(*Al abrirse la puerta, por donde sale Enrique, se oculta Maria hasta asegurarse de que nadie le acompaña. Enrique viene pálido y en un completo abatimiento.*)

MARIA.

No hay duda.... él es!

ENRIQUE. La muerte! condenado!...
no hay esperanza ya!

MARIA. Cuán triste viene!

ENRIQUE. Idea atroz, que siempre me persigue!...
Qué miro!... una muger!

MARIA. Calla!

ENRIQUE. Quién eres?

MARIA. Qué! ya no me conoces?

ENRIQUE. Tú! Maria!

MARIA. Silencio!

ENRIQUE. A qué viniste? quién se atreve
á insultar mi dolor?

MARIA. Qué dices? calla.

ENRIQUE. Si á eso no vienes, dí, qué es lo que quieres?

Yo lo sé, yo lo sé... vencido el pueblo
por mí otra vez á sus cadenas vuelve,
y le ofreciste tú sin duda alguna
la sangre del perjuro que le vende.

Llévale mi cabeza: que gozoso
palpite y ruja de placer al verme
cubierto de ignominia, y tú le anuncia
que esa sangre que ve, sangre es de reyes.

El pueblo bramará: tigre insaciable
aferrará la presa entre sus dientes,
desgarrando la carne palpitante
hasta que sienta que la carne muere.

Y tú tambien, la que me amaste un dia,
y tú tambien sonreirás al verme!...
bien haces, una vez ya me vendiste,
mi desamor vengando con mi muerte.

Hija y padre, á vender acostumbrados,
á mi muerte ó mi vida indiferentes,
hicisteis de mi sangre mercancia
con los verdugos porque en mí se ceben.

Esta cobarde accion, por vida mia,
vuestro plebeyo origen no desmiente.
Oh!

MARIA. Qué puedes decirme?

ENRIQUE. Basta, basta...
insecto vil, que al que te abriga ofendes.

MARIA. Ya que en tu pecho la virtud no mora,
aun niegas la virtud? sin duda quieres

que contemplando tu alma miserable
de este amor que te tengo me avergüence.
Tú, retoño infeliz de antigua raza,
noble de alto blason, hijo de reyes,
tú cejaste cobarde en las batallas,
tú nos vendiste con perfidia aleve;
en tanto que mi padre, con su sangre
su valor y virtud probó mil veces,
leal, en medio siempre de los suyos,
y de los suyos, el primero siempre.
Esto hace el mercader, y esto hace el noble:
pelea el mercader y el noble vende....
dime tú ahora, si juzgarlo sabes,
cuál es el noble, y cuál es el valiente.

ENRIQUE. Viniste á completar con mi tormento
tu terrible venganza? vete, vete....
implacable muger, que ya aborrezco,
librame al menos del dolor de verte.
MARIA. Ay! mil veces ingrato!

Habla, Maria!

Qué me quieres decir? acaso vienes
á arrancarme de aqui? Toda mi alma
con tan dulce esperanza se estremece.
Pero callas! no, no.... tú no has venido
sino á insultar mi afan.... tu nada puedes....
Lágrimas træs! inútiles consuelos
para el que asi desesperado muere.

MARIA. Enrique!

ENRIQUE. Acaba!

MARIA.

No, yo no te traigo
de llanto inútil funeral presente:
traigo el amor, la vida y la esperanza....
vida, amor y esperanza.... qué mas quieres?
ENRIQUE. La vida para mí?

MARIA.

Yo presumia
ufana en el delirio de mi mente,
que al penetrar en tu recinto oscuro,
mi afan, si no mi amor, agradecieses.
Qué no he sacrificado por salvarte?
de oro llené las manos de tus jueces,
y de mi llanto, Enrique!... mas que el oro....
llanto de una pasion que no comprendes.

Mas, ay! me rechazaron.

ENRIQUE. De ese modo,
qué puedes confiar?

MARIA. El oro vence
poderosos obstáculos.

(Toca suavemente en la puerta de la izquierda, y aparece
en ella el carcelero.)

ENRIQUE. Acaba!
ese impio sayon, qué es lo que quiere?

MARIA. Viene á salvarte: en la cercana playa
la navé espera.

ENRIQUE. Pero tú!...

MARIA. No pienses
verme ya mas.

ENRIQUE. Por qué?

MARIA. No me lo has dicho?
acaso no es verdad que me aborrecés?

ENRIQUE. Olvida mi furor.

MARIA. Y ahora prosigue...

mi triste corazon quebranta y hiere

y en pago de la vida que te traigo

con tu injusto rencor mi duelo acrece!

ENRIQUE. Oh! perdona, perdona! tú no sabes

cuánto en el alma gravitando duele

esa espantosa imágen del suplicio,

siempre á la vista con horror presente.

Aquí he pasado triste y solitario

bañado el rostro en lágrimas fervientes,

breves dias de locas esperanzas

y horribles noches de terror perenne.

Y en estas negras horas, cuando el alma

absorta en sus memorias tristemente

contempla su existencia dolorosa

antes tranquila y bienhadada siempre,

entonces, oh! tu imágen cariñosa

á consolarme en mis dolores viene,

ángel de amor y paz! sí, sí.... perdona

(Se arrodilla.)

si te ultrajé, si te insulté demente.

MARIA. Levántate, por Dios!

ENRIQUE. Deja.... permite

que esclavo, el polvo de tus plantas bese....

- yo no merezco á tan sublime altura alzar, Maria, mi infamada frente.
- MARIA. Infamia! esclavitud! qué es lo que dices? yo no te entiendo: dime qué me quieres: háblame de mi amor, de tus dolores, y podrán nuestras almas comprenderse.
- ENRIQUE. De amor! y eso es posible? yo que impío te insulté fementido! cómo puedes tanto agravio olvidar? cómo es posible que tan alta piedad tu pecho encierre? Bien dices: deja que en tus ojos beba de puro amor el celestial deleite.... que mire aquí tu cándida sonrisa, de tibia luna á los reflejos ténues. Oh! cómo eres hermosa! cómo es puro ese casto rubor, que dulcemente entibia el blando fuego de tus ojos, y tus mejillas pálidas enciende! Yo no te conocia.... nunca supe, consoladora vírgen, comprenderte!... ya sé, que como el ángel que nos guarda, la sacra antorcha de mis pasos eres.

(Ruido en la puerta del fondo.)

CARCELERO. Alguien viene! callad!

(Cierra la puerta de la izquierda.)

ENRIQUE. Ellos acaso!

MARIA. Imposible! tan presto!

ENRIQUE. Sí, ya vienen.... corramos.... aun es tiempo! sí, Maria, sálvame por piedad.... temo á la muerte.

ESCENA VI.

DICHOS. JUAN DE BILBAO, *que sale por el fondo.*

JUAN. Qué negra oscuridad!

ENRIQUE. Solo es un hombre.

MARIA. Otro tambien que en tan horrible albergue espera ya su fin.... háblale, llega.... Salvémosle tambien.

ENRIQUE. Oh! no lo pienses.

Huyamos.

JUAN. Gente aqui.... sin duda alguna
son compañeros de mi injusta suerte.
Quién va?

MARIA. No lo oyes? háblale, responde.

JUAN. Quién está aqui?

MARIA. Esa voz!

ENRIQUE. Calla! detente!

(Se va acercando Juan hasta que le da en el rostro el resplandor de la luna.)

MARIA. Mi padre, santo Dios!

JUAN. Aqui, Maria!

MARIA. Huyamos.... aun es tiempo.

JUAN. De qué suerte?

MARIA. Esa puerta.... mirad.

JUAN. Qué es lo que dices!

MARIA. Vamos....

ENRIQUE. Qué os deteneis?

JUAN. Ah! no lo esperes.

MARIA. Qué causa?...

JUAN. No lo sabes? ignorabas

que hice á Dios y á mi honor voto solemne
de perseguir hasta perder mi vida
al que traicion á su deber hiciese?

Tú lo dijiste, tú; que traidor sea (*A Enrique.*)
quien abrigue al traidor! tal vez pretendes

que con tu mismo crimen, deshonorado,
manche tambien mi encanecida frente!

Harto infamaste mi lealtad: ufano

á tu suerte precaria uní mi suerte,

y te introduje en medio de los míos,

traidor espía y venenosa sierpe.

No lo consentiré.... pero hay un medio,

y tan solo por él salvarte puedes.

ENRIQUE. De que modo, decid?

MARIA. Cuál es?

JUAN. Que muera

solo aqui yo.... marchad, nadie os detiene!

MARIA. Vos!

JUAN. El ó yo.

MARIA. Piedad!

JUAN. No hay otro medio.

- ENRIQUE. Maria! (*Con tono suplicante.*)
- MARIA. Aparta! aparta! (*Con indignacion.*)
- ENRIQUE. Sé clemente.
No, tú olvidarás en solo un punto
tan bien sentido amor.
- JUAN. Qué te detienes?
- MARIA. Por piedad!
- JUAN. El ó yo.
- MARIA. Sed generoso.
- JUAN. El tiempo pasa y los verdugos vuelven.
- ENRIQUE. A quién eliges? habla.
- MARIA. Y él lo duda!
(*Con dignidad y sentimiento.*)
y lo dudais tambien? ay! de esta suerte
he merecido yo que desgarráseis
mi pobre corazon, almas cruels!
- ENRIQUE. Elige, pues.
- JUAN. Vacilas?
- MARIA. Padre mio!
por qué, cruel, tan sin razon me ofendes?
Yo que por tí muriera, y por tu vida
diera mi sangre toda, cómo quieres
que ese tu amor de padre siempre puro,
por otro amor desvanecida trueque?
- ENRIQUE. Es preciso morir!
(*En la mayor desesperacion.*)
- JUAN. Oh! sí... perdona!...
mi agravio olvida, y á mis brazos vuelve,
tesoro de virtud, hija del alma,
porque mi llanto y mi vejez consueles.
(*Los dos se dirigen á la puerta de la izquierda.*)
- ENRIQUE. Esperad, esperad!
- MARIA. Es imposible!
no oís ese rumor?
- ENRIQUE. Mirad... ya vienen!
De rodillas, con lágrimas os pido
que me lleveis tambien.
- JUAN. No, no... la muerte! (*Vanse.*)
- ENRIQUE. Ah! piedad! (*Con un grito espantoso.*)
- JUAN, dentro. No hay piedad.
- ENRIQUE. Hora terrible!
ellos son... ahí están... la puerta cede!

ESCENA ULTIMA.

(El séquito que ha de acompañar al reo al suplicio: aparecen todos en la puerta del fondo; pero sin que ninguno entre en el teatro. Cuatro soldados traen hachas encendidas. Entre los de la comitiva, estan EL MARQUES, EL CAPITAN y un MAGISTRADO.)

MAGISTRADO. Sabeis vuestra sentencia?

ENRIQUE. Dios es justo!

sea á lo menos para mi clemente.



ERRATAS.

- Página 8. Donde dice: *que insultan vuestra humildad*,
léase, *que insulten* &c.
- Pág. 31. Donde dice: *y así, en tí aceptaré* &c.
léase, *y así, de tí aceptaré.*
- Pág. 40. Donde dice: *y aguardando tarde viene*,
léase, *y aguardado* &c.
- Pág. 49. Donde dice: *de traiciones y desengaños*,
léase, *de traiciones y de engaños.*
- Pág. 62. Donde dice: *que le hubo en mi esposo*,
léase, *que le hube* &c.
- Idem. Donde dice: *van á verlo*,
léase, *ven á verlo.*
- Pág. 64. Donde dice: *y lo que buscas sé, mas ya en vano*,
léase, *y lo que buscas sé; mas ya es en vano.*